

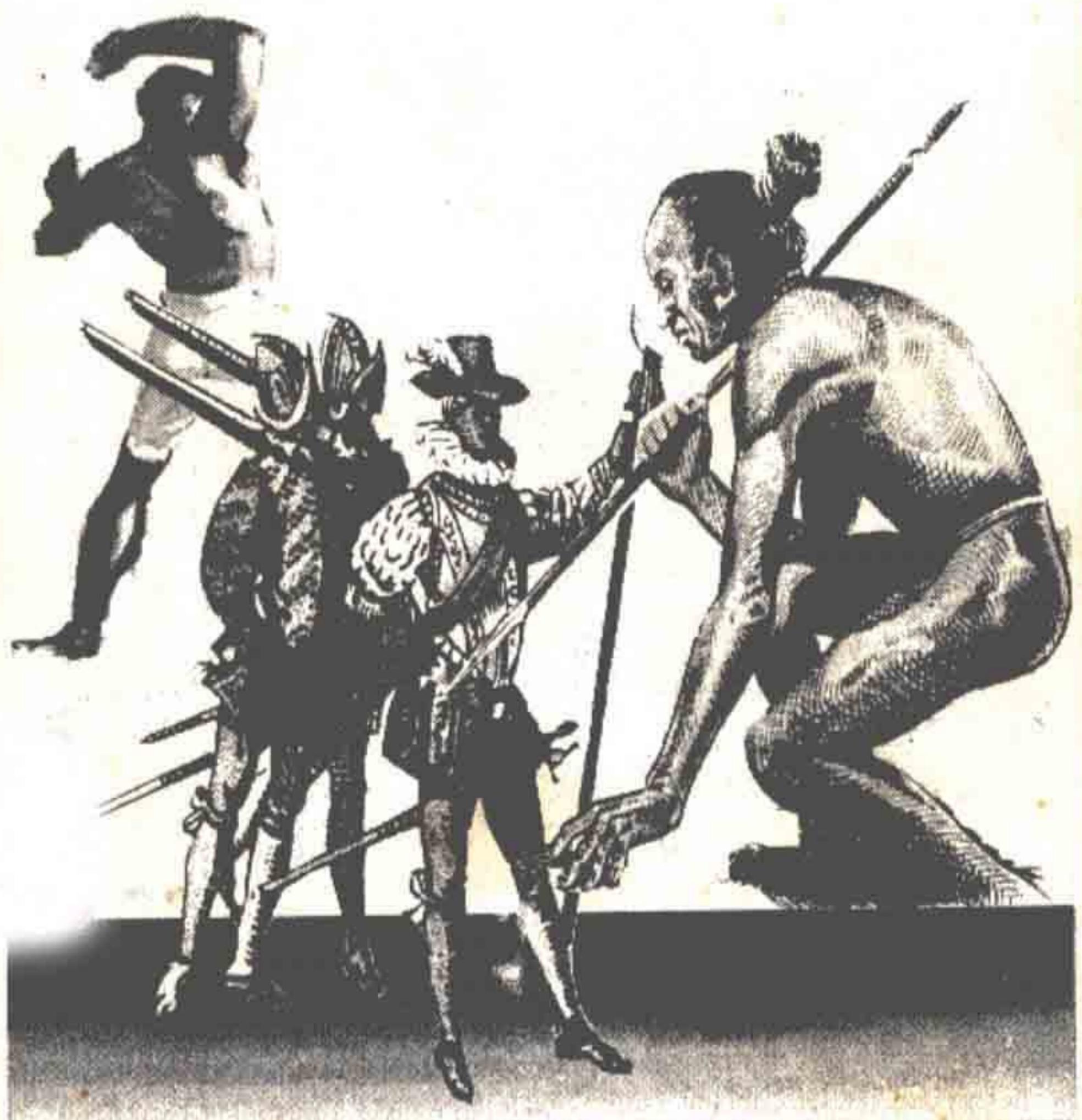
2-000

no. 1

Ep. 1

MEMORIAS DEL CRISOL

Ensayos sobre identidad e historia



MEMORIAS DEL CRISOL



MEMORIAS DEL CRISOL

Ensayos sobre identidad e historia

Enrique Ubieta Gómez
Iliana Orozco Hernández
Libia Peña Roblejo
Angel Lago Vieito



EDICIONES
BAYAMO
2000

Edición y diseño: Wilberto Jova Frías
Portada: Juan Rodríguez Licea
Corrección: Ofelia C. Carbonell Corrales
Composición computarizada: Miguel A. Ramírez Pérez
Impresión: Vicente Piña Rodríguez
Encuadernación: Claribel Ramírez López

© Enrique Ubieta Gómez, Ileana Orozco Hernández,
Libia Peña Roblejo y Angel Lago Vieito, 2000
© Sobre la presente edición:
Ediciones Bayamo, 2000

ISBN: 959-223-020-X
Ediciones Bayamo
Centro Provincial del Libro y la Literatura
Canducha Figueredo No. 62
Entre Libertad y General García
Bayamo, Granma, Cuba.

INDICE

| | |
|--|--|
| Introducción /9 | |
| José Martí y el proyecto emancipador cubano /15 | |
| <i>Enrique Ubieta Gómez</i> | |
| La interculturalidad en el proceso de la Identidad Cultural /39 | |
| <i>Ileana Orozco</i> | |
| Lengua y transculturación en Bayamo /51 | |
| <i>Libia Peña Roblejo</i> | |
| La defensa de la primera ciudad insurrecta /65 | |
| <i>Angel Lago Vieito</i> | |

Introducción

Nunca hemos pretendido, los bayameses, considerarnos "dueños absolutos" del proceso conformador de nuestra nacionalidad. Acontecimientos hay disimiles a todo lo largo y ancho del territorio nacional, cada uno de los cuales fue aportando los elementos necesarios para que, llegado el momento, pudiéramos llamarnos cubanos, mucha más allá de lo que puede significar etimológicamente el gentilicio; o sea, que cuando decimos cubanos, se sepa, pero sobre todo, "se sienta", lo que se está diciendo.

Sin embargo, ha sido nuestro territorio, a través de sus ya casi quinientos años, desde aquel día en que en su jurisdicción "fueron libres los cristianos del Cacique Yahatuey", hasta los momentos actuales, testigo de toda una serie de acontecimientos que fueron, —en el conocido proceso de transculturación e interculturalidad— aportando matices regionales a nuestra identidad y que por tanto, unidos a la existencia del pensamiento, quizás más radical que en otras regiones y localidades; y al nacimiento del acontecer independentista primario, nos avalan como "Cuna de la Nacionalidad Cubana", sin que haya en esta afirmación —hipótesis que en definitiva estamos empeñados en demostrar— ningún rasgo de regionalismo o sentimiento de negación de la realidad de los hechos ocurridos en otras partes del país, indepen-

dientemente de la mayor o menor connotación que estos puedan tener, ya que en definitiva, todos en conjunto constituyen aportes sustanciales a dicho proceso, teniendo como protagonistas a hombres, que por su pensamiento avanzado, su quehacer, o por ambas razones, merecen y tienen un lugar en el sagrado altar de la Historia Patria. Cada uno de ellos aportó algo a ese proceso, con certeza y claridad en sus ideas los unos; quizás errados otros con respecto a sus planteamientos y conceptos, a veces limitados, a veces más allá de su época; pero desde el momento en que decidieron, con sus ideas o sus acciones, la mayor de las veces con ambas, luchar por la independencia o simplemente oponerse al régimen colonial que nos había impuesto la nación extranjera, o escribir una "poesía criolla" o exponer su pensamiento pedagógico contrario a los cánones coloniales, estaban haciendo patria.

Todos sabemos que una nación no nace como resultado de un momento determinado; para poder llegar a constituirse como tal, se requiere de un largo y arduo quehacer que vaya aglutinando los aderezos requeridos, de lo contrario, lo que se tiene es una nación ficticia o idealizada, o forzada por determinadas circunstancias. Cuando ese ha sido el caso, se tienen naciones jurídicamente, pero no de sentimiento, y como resultado, han terminado por desmembrarse, muchas veces, después de haber pagado grandes cuotas de sangre por guerras intestinas. Ejemplos de lo que acabamos de referir, en la Historia Universal, hay suficientes, y por conocidos,

desde el Imperio Romano hasta acá, no es necesario mencionarlo. Ese no es el caso de Cuba: Nuestra nación, aun en los momentos de mayor peligro para su existencia, ya sea en el pasado siglo o en el actual, está sustentada sobre la base más sólida que pueda sostener a los pueblos constituidos como tal y que por tanto, conforman una Nacionalidad e Identidad propia —la cubana— que le otorga la unidad y fortaleza necesaria para enfrentar cualquier fisura que pretendiera presentarse, y darle cada vez mayor solidez a los cimientos que nos sustentan; y es precisamente en ese largo proceso conformador de nuestra nacionalidad y nuestra común identidad histórico-cultural, en el que Bayamo, y sus más pleclaros hijos, a través de todos los tiempos han jugado un papel destacado y protagónico en muchos casos, enriqueciendo y fortaleciendo ese proceso, no al margen de las figuras de otros territorios ni de los acontecimientos ocurridos en ellos, muy al contrario ha sido, en un proceso paralelo o enriquecedor según la época, pero también a la vanguardia en más de una ocasión.

La Revolución en Cuba no se importó, fue pensada, desarrollada y llevada a la victoria por los propios cubanos y con el concurso de muchos hermanos del continente que hicieron suya la causa de nuestro pueblo; y también en esa, nuestra única revolución, Bayamo ha estado presente en todas sus etapas; como centro gestor en 1868 y sumándose de inmediato al llamado en sus posteriores etapas. Todo como resultado de un senti-

miento de pertenencia, al terruño primero y de patriotismo después, de ahí que el 10 de octubre no fuera una casualidad, sino más bien, el resultado de cuatro siglos de explotación que debían erradicarse por el único camino que ofrecería la garantía de la independencia: la lucha armada; por lo que aquel glorioso día en que Céspedes llamó ciudadanos a todos los que lo rodearon en su ingenio "La Demajagua", constituye el momento culminante del inicio del proceso revolucionario cubano, como único camino acertado, en nuestro caso histórico-concreto para el logro de la independencia patria.

No obstante; antes de llegar a esa determinación hubo que salvar infinitos escollos y se hicieron disímiles tentativas, por distintas vías, para tratar de resolver los problemas económicos, políticos y sociales que padecía el país; hubo que transitar por el camino de toda una serie de posiciones políticas e intentos que con distintos matices caracterizaron los primeros sesenta años del pasado siglo, hasta que el fracaso de aquellas tentativas, demostró la realidad del camino a seguir, y Bayamo, para orgullo nuestro, marcha, en ese sentido, a la vanguardia de la nación cubana, pues tuvo en sus hijos —herederos del carácter de rebeldía que demostraron siempre los habitantes de esta parte del oriente cubano—, a los más decididos cuando llegó el momento de optar por seguir sometidos al dominio colonial o luchar por ser libres.

Muchos son los ejemplos que pudiéramos apuntar para demostrar nuestras palabras, pero ese es precisamente el

propósito de nuestro Evento Teórico Crisol de la Nacionalidad, la creación de un espacio abierto a la confrontación, a la reflexión, al debate, no para imponer conceptos. En este caso, al publicarse por vez primera una selección de trabajos presentados en el mismo, hemos agrupado, con toda intención, varios relacionados con nuestro Héroe Nacional José Martí, precisamente por su quehacer en el afianzamiento de la nacionalidad cubana y su indiscutible visión cuando expresó: "Patria es humanidad".

La historia, como toda ciencia, es objeto de investigaciones constantes, cuyos resultados implican verdades que muchas veces niegan lo que hasta entonces teníamos por cierto, pues "la historia es de tal forma objeto de tantas y tan diversas interpretaciones y puntos de vista"¹ que nos obliga al estudio y la investigación profunda en busca de la mayor aproximación a la verdad.

Los invitamos entonces a caminar por estos senderos del proceso conformador de la nacionalidad cubana, sus manifestaciones en nuestra región, y la presencia martiana en ese proceso identitario nacional, a través de esta selección —en dos partes— de trabajos que son resultado de estudios e investigaciones presentadas en nuestro evento por distinguidas personalidades de la cultura na-

¹ Fidel Castro Ruz: *Un grano de maíz*. Conversación con Tomás Borges. Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, p. 21.

cional, regional y local, con el convencimiento de que todos, de una u otra forma, ganaremos en el enriquecimiento de nuestro acervo cultural y en el conocimiento del referido proceso, sólido baluarte de nuestra patria.

Lic. Eduardo A. Chávez Pardo
Director de la Casa de la Nacionalidad Cubana
e Historiador de la Ciudad.
Septiembre, 2000.

José Martí y el proyecto emancipador cubano

(Conferencia pronunciada por el Director del Centro de Estudios Martianos Enrique Ubieta Gómez en la IV edición del Evento Teórico Crisol de la Nacionalidad.)

En un lugar perdido de la geografía latinoamericana — tan lejano de Dios como cercano al vecino codicioso — hallé hace algunos años una pregunta insólita, de esas que nos sorprenden por su extraña manera de apresar esencias. Me la entregó urgido de respuestas un joven campesino semianalfabeto: ¿es verdad que Fidel existió? El espíritu redentor del cristianismo actualizaba en sus palabras el ansia insatisfecha de justicia; el mito irrumpía como fuerza revitalizadora de la utopía. ¿Cómo podía saber él que en ese mismo instante un académico circunspecto y ferozmente objetivo diagnosticaba la muerte de la historia? La historia toda, sin embargo, se resumía a sí misma en una pregunta, en un intento provisionalmente último de rescatar la esperanza, en un sencillo preguntador. Porque esa, su pregunta, ¿acaso no intentaba reconstruir el futuro? Porque la historia es horizonte, el que se deja atrás y el que se tiene delante, es movimiento, es vida. Hacia lo porvenir avanza agazapado el historiador, incluso a pesar suyo, por eso la pérdida de un horizonte visible supone para él el fin de la historia.

Pero la historia, impaciente, le tiende sus trampas al incauto y al vanidoso. Intercedemos en el pasado para reorganizar el presente y prever el futuro. Tal interés debe ser considerado como natural si entendemos que el pasado no se diluye en la nada, que nosotros somos de alguna manera su resultado, lo que no nos impone necesariamente la aceptación de una concepción teológica de sus hechos. Nuestra identidad individual y colectiva (nacional) se sustenta en los mil detalles de una biografía

Enrique Ubieta Gómez (La Habana, 1958). Licenciado en Filosofía. Ha publicado *Ensayos de identidad* (1995) y *De la historia de los mitos y los hombres* (1998). Trabajos suyos han aparecido en diversas publicaciones nacionales y extranjeras. Fue director del Centro de Estudios Martianos y actualmente dirige la revista *Contracorriente*.

o trayectoria social; otra biografía hubiese engendrado otra personalidad u otra cultura, otro pueblo. José Martí (1853-1895) alude a esa relación cuando escribe admonitoriamente: "¡Estos hijos de carpinteros, que se avergüenzan de que su padre sea carpintero! ¡Estos nacidos en América que se avergüenzan porque llevan delante al indio, de la madre que los crió [...]"¹. Recuperar, enaltecer, asimilar el pasado era para Martí una estrategia de fundación; su excepcionalidad creadora como individuo le abría senderos colectivos a la existencia nacional. Cuba nacía en él, de él, pero él nacía de Cuba, sintetizaba y transformaba su historia: lo individual y lo colectivo (lo nacional o simplemente lo humano) se fundía en una trayectoria única, original y (pre)vista.

Si asumimos que José Martí es el héroe por excelencia, el fundador de la nación —no en el tiempo cronológico, sino en el total— y lo colgamos con su sencilla seriedad y sus vigilantes ojos en la pared del aula o del taller, podríamos reducirle a símbolo patrio, en el mismo sentido en que lo son la bandera y el himno nacional; de esa forma no necesita de estudios críticos, tal como, por ejemplo, el himno nacional se salva del escalpelo de los críticos musicales. Poco nos serviría esa estampa sin vida del Apóstol. Algunos que esgrimen el pretexto de su siempre posible deificación, no aceptan sin embargo a un Martí vivo, capaz de acompañarnos aún y lo confinan al exclusivo ámbito de la literatura (no de la poesía que es reali-

¹ José Martí: "Nuestra América", en *Sus mejores páginas*. Antología de Jorge Mañach, Biblioteca Básica de Cultura, 1960, p. 149.

dad y creación permanente, como ha sugerido Cintio Vitier, sino de la literatura que suele ser ficción). José Martí también es, por supuesto, símbolo patrio, pero su humanidad excepcional abre el diálogo fecundo de su vida-obra a la intemporalidad.

El estudioso de la cultura y la historia de Cuba no podría eludir el encuentro con esa figura trascendente, por cualquiera de los caminos posibles de elegir: la política, el pensamiento en sus diferentes aristas pero siempre en su integralidad, la poesía, etc. El encuentro con Martí no sólo sería inevitable, sino decisivo para el entendimiento posterior de la cultura nacional. Esta realidad extrema ha obligado a los detractores de la Revolución Cubana a reconsiderar los vínculos del Apóstol con ese proceso. Algunos de ellos han reconocido explícita o implícitamente la congruencia de esos vínculos, ya sea por el sustrato antimperialista y francamente subversivo del sistema predominante de relaciones internacionales, como por su manifiesto empeño ético y libertario (por su relación resistente con el proyecto metropolitano colonialista y por su acción creadora de un proyecto alternativo para Cuba y América Latina).

Suelen sin embargo, anteponerse dos objeciones descalificadoras, que adquieren en cada autor matices propios, no siempre asociados a demarcaciones abiertamente políticas: 1) que Martí era un utopista antimoderno, anclado en la lógica literaria; la oposición a la modernidad que se le atribuye es supuestamente un acto de resistencia al pleno desarrollo de las relaciones monetario-mercantiles (a lo que podríamos añadir nosotros: de aquellas que ge-

neran y afianzan el colonialismo) y 2) que la Revolución, como ideología, se sustenta en una tradición discursiva de indudable presencia y fuerza en la historia cubana, pero agotada ya en sus posibilidades históricas e ignorante (o censora) de otra tradición discursiva que debe ser rescatada. Hay que añadir que cierta imagen maniquea de la obra martiana ha condicionado y propiciado tales argumentaciones.

La primera objeción es engañosa: no existen en Martí cauces puros, su lógica literaria es también política y filosófica. Si se ha sobredimensionado su faceta política y filosófica. Si se ha sobredimensionado su faceta política en las últimas décadas ello se debe a que José Martí fue en su momento, sobre todas las demás cosas, por voluntad y vocación de servicio propios, un político – aún cuando lo fue de manera integradora y original, como corresponde a un hombre de su estatura creadora – y hoy lo necesitamos en Cuba como político. Pero si reclamamos su liderazgo es precisamente porque su vida y su obra escrita se entrelazan y determinan mutuamente, porque no fue un político en el sentido estrecho y profesional del término, sino un revolucionario integral, un fundador de pueblos, un iniciador de época. No fue un poeta (aunque sí uno de los más grandes poetas), no fue un pensador (aunque sí el más grande de su tiempo), no fue un político (aunque lo fuese también de manera excepcional): fue un revolucionario que asumió la cultura como totalidad indivisible.

La otra trampa que contiene aquella primera objeción es que se parte en ella de un *modelo* de modernidad, históricamente el primero y sin duda, dominante, para descalifi-

car por antimoderno todo proyecto alternativo. En este punto, los argumentos son tortuosos: la modernidad es el proyecto liberal, capitalista, y este es imperecedero y estéril, lo que nos obliga a desconocer a sus hijos, el contraproyecto marxista y el anticolonialista. Se nos habla de la imposibilidad de arribar a definiciones que se erigen sobre contraproyectos, como si nuestra realidad no fuese referencial por su origen específicamente moderno, y se nos sugiere, incluso, la necesidad de renunciar al espíritu, para recuperar la letra en la obra de Martí, como si ambos viviesen existencias paralelas u opuestas. Entiendo que se quiere eludir al amplio y contradictorio espectro de interpretaciones, para rescatar el texto originario, pero si cercenamos el sentido de esa obra, de muy poco nos servirían las palabras y sus significados chatos: sin los contextos que le otorgan sentido, el significado de los textos, el discurso mismo, no sobreviviría. La deslumbrante belleza, el chispazo que atrapa y enciende el alma de los textos martianos es consustancial al gesto, radica en la palabra o el giro imprevisto, pero exacto, en la justa formalización de una idea, en las calas sucesivas que realizan sus palabras en la vida, la presente, la por venir: palabras-actos o, como suele repetirse, palabras que son actos.

Pero la contextualización que pedimos de la obra del Apóstol, ¿no implica el inevitable descrédito actual de sus enunciados? José Martí se ubica en el borde exterior de una época que crea a su medida; es el fundador, no sólo (no tanto) de un pueblo, como de un tiempo histórico: abre con su vida y su obra caminos no transitados antes, frente

a problemas que perduran porque caracterizan la nueva circunstancia histórica. No es un pensador decimonónico: Martí, que cae abatido en 1895, inicia en Cuba el siglo XX; Varona, que muere incorrupto y digno, pero superado, en 1933, cierra nuestro siglo XIX. Las fechas de la casualidad no deben oscurecer las que nutren y definen la historia.

Se ha señalado también la conveniencia de relegar las formulaciones más evidentes — y posiblemente de más uso y abuso — para rescatar otras más distantes y ocultas que nos traerían subordinaciones de signo inverso. Enrico Mario Santi lo dice explícitamente: “se ha vuelto relativamente menos importante recordarnos el antimperialismo de Martí, al que la lectura redentora está aliada, que otros aspectos de su obra, como por ejemplo, su reformismo liberal”². Claro que entonces no sería Martí un antimoderno en el sentido que algunos pretenden imponer. Pero aunque ciertamente nuestro hombre mayor se alimentó en sus inicios del liberalismo primigenio — diferente del actual devastador neoliberalismo — sus concepciones político-filosófico-literarias lo rebasan en un punto esencial y definidor: en su caso, la utilidad — que es la de su pueblo colonizado — está irremisiblemente aliada a la verdad, a la justicia y a la belleza. Sólo una comprensión totalizadora de la cultura como la que hallamos en Martí puede hacer posible esa integración, la que

² Enrico Mario Santi: “Meditación en Nuremberg. Los últimos días de José Martí”, en *Vuelta*, México D F, No.211, junio de 1994, p.69.

a su vez nos conduce a las profundidades anheladas por los críticos de las lecturas vigentes de su obra, que, sin embargo, no la perciben en esas zonas fecundas, y a los orígenes de todo acto de fundación.

Martí es síntesis y creación. Lo real no es para él únicamente lo tangible o comprobable, sabe que el manantial de la vida se nutre de ríos subterráneos, que la realidad viva contiene la invisible posibilidad, que el futuro no sobreviene predestinado, sino que se construye, se crea, por momentos a pasos breves y constantes, de repente a saltos, vuelos rápidos, insospechadamente atrevidos. Crear significa rebasar, transgredir, rehacer. El carácter “siempre en proyecto” de su República no se sustenta en una supuesta inviabilidad de origen literario³ sino en la capacidad revolucionaria del proyecto martiano abierto a nuevas posibilidades históricas. Si lo entendemos bien, la suya es precisamente una formulación no ontológica de la identidad nacional.

La búsqueda o el reforzamiento de la identidad nacional en los países colonizados en un acto político: un poema de amor, una reflexión sobre el hombre son potencialmente subversivos. No duda Martí en asumir y defender la obra poética de Julián del Casal, el fino poeta de versos atormentados. Pero el nacionalismo tercermundista, ¿es un anacronismo emediable, una irreflexiva obsesión política,

³ Ernesto Hernández Busto: “Modernismo, modernidad y liberalismo. La República de Martí”, en *Apuntes posmodernos*, Miami, 1993, p.69.

sustentada en viejas y no curadas heridas históricas? Los *ismos* casi siempre incluyen cierta dosis de programática parcialidad: valoremos sus consecuencias posibles y sepamos distinguir sus motivaciones. La parcialidad de los oprimidos es siempre preferible a la de los opresores y en ocasiones, absolutamente necesaria. La defensa de la identidad ha sido en Cuba, sin embargo, un permanente ejercicio de inclusión y apertura que no pretende el aislamiento, sino una integración justa a la totalidad humana.

¿Puede alguien dudar que la discusión teórica y cultural en la Cuba de fin de siglo y de milenio, finales que pretenden extenderse como una maldición sobre todos los proyectos incumplidos de la centuria, es profundamente política? La segunda objeción pretende restaurar subrepticiamente, sobre el fundamento de un supuesto o real desgaste de la teoría revolucionaria, el hilo conductor de la República prerevolucionaria, el discurso de la neocolonia, no para rescatar las necesarias confluencias, los puntos de mutua fecundación, sino para suprimir el presente desde la historia deseada. Si el discurso revolucionario ha unido, según otro autor, "nociones tan abstractas como patria, revolución, socialismo, independencia, soberanía, nacionalidad..."⁴, no ha sido por una insana vocación excluyente, sino porque existe, aunque no esté de moda el decirlo, un proyecto desintegrador que enarbola un discurso, transnacionalista, (práctico, y útil, desde luego, para las naciones rectoras), fundado en concepciones técni-

⁴ Rafael Rojas: "Viaje a la semilla. Instituciones de la antimodernidad cubana", en *Apuntes posmodernos*, Miami, 1993, p.3.

camente irreprochables, pero ajenas a cualquier reparo ético, frente a una tradición nacional que subvierte un orden internacional injusto. En las sociedades neocoloniales de nuestra América los individuos o son seres marginales o dependen de la colectividad. La libertad individual sólo es posible desde la emancipación nacional: lo nacional (lo colectivo) y lo individual se sustentan mutuamente.

II

Hemos convenido en que José Martí abre al país senderos desconocidos en su quehacer múltiple, que su originalidad individual se transforma en virtud colectiva, que lo nacional y lo personal se funden en inesperada acción creadora. ¿Significa esto que Martí *inventa* a Cuba, que su prosa espléndida urde un país inexistente e imposible?, ¿debemos asumir acaso que las élites intelectuales "escriben" la historia de los pueblos con la sangre de su tinta? El absurdo corroe tendenciosamente una verdad, como todas, necesaria.

No se ubica Martí en la trinchera del *deber ser*, perspectiva que intenta imponer dogmáticamente el ideal histórico a la historia real; su mirada ahondadora cala en las fuentes de la vida e intuye su natural *poder ser*, aquel que configura el costado no visible de la realidad. Si desconfía de los hechos en su exterioridad no es por una supuesta e innata actitud literaria, sino porque conoce y asume la vida en alma y cuerpo, con los ojos y las manos,

con la experiencia y la razón, porque conoce rehaciendo, participando en los desenlaces, previéndolos. Esta era la pequeña gran diferencia de Martí con sus contemporáneos: el acto de creación se produce en él misteriosamente, allí donde confluyen el ser y su posibilidad mejor.

¿Cómo hallar en una historia cultural de apenas doscientos años —historia reciente nacida de milenarias historias— el momento específicamente nacional, irruptor? *Lo cubano en la poesía*, obra ejemplar de Cintio Vitier, persigue con ánimo detectivesco el peculiar itinerario de la sensibilidad humana en el país y descubre en esa peculiaridad la revelación de lo nacional. No es la sensibilidad colectiva, como pareciera, la que define a un pueblo, sino la diferente trayectoria histórica que instruye y determina, en más cercana instancia, esa sensibilidad. En los comienzos de una nación, ¿cómo distinguir entre la originalidad del individuo y la de su colectividad?, ¿será suficiente el señalamiento de ciertos atributos externos —esencialmente ajenos a lo poético— y de ciertas alusiones al contexto histórico o natural? En sociedades nuevas y colonizadas, el individuo sólo puede redimirse en la colectividad, lleva en el pecho grabado el designio injurioso de su origen; si por una parte, la ausencia de una tradición hace coincidir en una única originalidad lo individual y lo colectivo —no de manera arbitraria, por cierto— de la otra establece la emancipación nacional, colectiva, como ineludible condición de la emancipación individual. Tal grado de interdependencia alcanza en José Martí —un hombre para quien la vida fue parte esencial de su obra—, dimensión de lo fundacional.

¿Cómo explicar hoy, que se extiende por el mundo el rechazo a las totalidades discursivas, consideradas —en general, justamente—, como instrumentos opresores de las partes y el rescate de la diferencia, el segmento, la discontinuidad y el libre arbitrio, esta identificación de lo individual y lo colectivo en la cultura cubana y particularmente en la obra de Martí? En primer lugar, debe considerarse que la historia de los pueblos latinoamericanos—hablo de estos como tales—, inicia (se inicia con) la modernidad. El nuevo mundo es así denominado para el comercio y la explotación del viejo mundo: dos mundos que ya no podrán existir paralelamente. La historia de Europa, ¿puede desde entonces escribirse ignorando la existencia de esas colonias de ultramar que le aportaban riquezas, pero también nuevas ideas en virtud de las nuevas realidades que imponía? La historia de América, evidentemente, no puede ser escrita al margen de la historia europea, es decir, universal.

En Cuba, el exterminio de los pueblos indígenas hace que la nueva nacionalidad surja desprovista de una tradición precolombina. El extranjero blanco (el español) se establece en el país como modelo de hombre y le reserva la condición de *Otro* al criollo y al africano o su descendiente; la tendencia natural de nuestra cultura es la de mostrar no su otredad-reconocida, pero como defecto—, sino su diferente humanidad, su pertenencia a la totalidad humana. El concepto de identidad que se defiende es

orticiano ⁵ asimila los más diversos ingredientes y acaba “olvidando” los orígenes.

También en nuestros países ha sido utilizada la historia para conformar identidades falsas o idílicas en las que “la solidaridad nacional” se esgrime como argumento desmovilizador de las aspiraciones sociales. Nos urge la recuperación plena del indio, del negro, de las mujeres —reclamo martiano—, necesitamos la destrucción de tales identidades ciegas y de sus presupuestos eurocentristas y criollocentristas, para construir nuevas y democráticas totalidades que nos integren y defiendan. No debemos consecuentemente renunciar a la totalidad, sino reconstruirla. La “atomización” desentendida del todo que nos proponen los centros ideológicos metropolitanos, es una invitación al suicidio político.

La batalla por el pasado —en realidad por el presente y por el futuro— incluye también la batalla por las palabras. No podemos aceptar tampoco acriticamente el uso de vocablos de tan ambigua significación como el de *utopía*, por ejemplo, palabra que no puede eludir en sus múltiples acepciones el sarcasmo de la imposibilidad. El discurso posmoderno no sólo impone esa palabra desprovista de fronteras semánticas fijas, para denominar todo anhelo de justicia social, todo ideal emancipador y todo programa revolucionario, sino que además confina su existencia a

⁵ Fernando Ortiz (1881-1969), sabio cubano, llamado “el tercer descubridor de Cuba” por sus importantes apuntes al conocimiento de la cultura nacional. Suya es la comparación del ajiaco — plato criollo de lenta cocción, que admite todo tipo de carnes y viandas— con el proceso histórico de mestizaje cultural en el país.

los estrictos marcos de una modernidad desde luego ida. Lo utópico es, por tanto, una de las supuestas insuficiencias históricas de lo moderno, con lo que ratifica la prevención que nos despierta ese vocablo; se trata entonces de un esfuerzo desorientado e inútil (más allá incluso de la moderna diferenciación de si es científico o acientífico) porque se sustenta sobre “falsos” presupuestos: el progreso como categoría histórica y la propia historia como una estructura temporal de acontecimientos que puede ser explicada racionalmente.

La delimitación de una tradición utópica (prescindible) en la cultura cubana, vinculada como es obvio a su revolución más reciente y plena —es decir de una corriente que, según se sugiere, no sobrepasa el nivel especulativo de una generosa fantasía social— y asociada al concepto de resistencia, cuya órbita de significados sintetiza toda la historia del llamado Nuevo Mundo, lo mismo de las culturas precolombinas que de las criollas y nacionales, es un peligroso ejercicio excluyente de las fuentes más legítimas de la existencia nacional.

Las palabras, los conceptos, pueden sin embargo asumirse si precisamos debidamente sus márgenes. Frente al manto de descréditos que la autoproclamada posmodernidad le tiende a “las utopías”, ha surgido una tendencia reivindicadora que declara con parsimonia: “utópicos sí, ¿y que?”. Algunos autores se han propuestos, no obstante, el estudio de esas fronteras; el mexicano de origen argentino Horacio Cerutti Guldberg distingue tres niveles, uno descalificativo, otro de género literario-filosófico y un tercero que nos remite “a la dimensión utópica de la razón humana” y en el que “lo imposible es continua-

mente rebasado y la historicidad se hace patente en esta frontera móvil”⁶.

Nuestra prevención ante el uso tendencioso del término se confirma en la siguiente pregunta: ¿cuál resistencia es la que se cataloga de utópica? El término antimoderno usado por algunos nos ofrece una respuesta aparentemente diáfana aunque contradictoria: se trata, dicen, de una tendencia moralizadora que se apoya en los valores tradicionales del cristianismo, opuesta al dinero, al libre comercio, preocupada no del presente y sus acuciantes problemas, sino de un futuro idealmente diseñado, opuesta, pues, al *liberalismo* como expresión máxima y única de la modernidad. La trampa que se nos tiende es doble, porque en lo defendido —a pesar de su continua alusión “utópica” al futuro— hay cierto tufillo irresistible a pasado, predecible en el propio término utilizado y reafirmado en la descripción de su supuesto contenido y porque la modernidad, tiempo histórico que inaugura el capitalismo, queda definitivamente entrampada (aun con sus “post”) en ese sistema. La pretendida superación de *esa* modernidad —propósito en que coinciden por sus proyectos reorganizadores, como hemos dicho, tanto el pensamiento marxista como el anticolonialista más consecuente— es paradójicamente cosa del pasado.

Si enfrentamos como es nuestro deber y al parecer se nos exige, la recuperación de la totalidad del pensamiento cubano —aún cuando sabemos que cualquier acerca-

⁶ Horacio Cerutti Guldberg: “¿Teoría de la utopía?”, en *Contracorriente*, La Habana, No.2, octubre-diciembre, 1995, p.70-71.

niento al pasado es *interesado*, es decir, responde a nuestras expectativas, al sentido explícito o no de nuestras visquedas—, advertiremos una nueva trampa: para los eclamantes, esa totalidad se encuentra históricamente escindida en dos líneas, una pragmática, realista y moderna, otra utópica, moralista y antimoderna. Deshacernos de la utópica como pareciera corresponder es un acto que trasciende escandalosamente la retórica del texto, sobre todo porque en un país que ha hecho una Revolución auténtica hablar de la improcedencia absoluta del discurso revolucionario (utópico) puede resultar poco más que extemporáneo y porque, desde luego, si nuestro declarado propósito es recuperar la totalidad de un pensamiento (¿o será sólo de algunas tendencias?), ¿cómo vamos a prescindir de esa mitad, que integran nada menos que hombres como Caballero, Varela, Luz y Martí, entre otros? Sólo nosotros, se afirma, podemos y debemos encontrar el punto medio, la integración deseada de ambas líneas históricas; pero si los extremos son, como se dice, el realismo pragmático y el moralismo utópico, ¿cuál es el punto intermedio?, ¿existe acaso alguno entre la realidad y la irrealidad? Los presupuestos de partida impiden cualquier solución integradora que no sea la aspiración previa de situar nuestras aspiraciones en el ámbito de lo posible.

Evidentemente, la cultura cubana reclama la síntesis provisional, no podría ser de otro modo, pues nunca sería otra cosa que una síntesis instrumental, valga la palabreja, que reincorpore a su trinchera de creación otras tendencias históricas menos favorecidas por la dinámica social.

Pero esa síntesis no puede asumirse de forma ingenua. Es, todos lo saben, una decisión político-cultural de trascendencia cultural y política. Un profesor universitario venezolano reclamaba hace algunos meses el abandono de cierta tradición "romántica", "espiritualista" latinoamericana y la necesidad de asumir una actitud pragmática ante la realidad contemporánea, si no queremos, decía, perecer en este nuevo mundo globalizado. Aconsejaba, entre otras cosas, un acercamiento desprejuiciado a la cultura norteamericana, de la que debíamos aprender también, según él, el acatamiento a los hechos y el sentido del cambio. Discusión permanente de la historia de nuestras ideas, ciclicamente renovada en sus extremos. ¿Son obsoletas las advertencias y las prevenciones de José Martí ante el coloso del Norte? Nuestros gobernantes, ¿qué han hecho sino tratar de imitar siempre el modelo norteamericano? Por último, el pragmatismo que se quiere reivindicar, ¿es la aceptación acritica, pasiva, de los hechos, valga decir, del neocoloniaje? Si no queremos desaparecer en este mundo *norteamericanizado*, tendremos que defender, con algo más que con palabras, el ideal de independencia y de unidad latinoamericana.

Acostumbrados quizás a los esquemas y a los manuales, en la crítica de ambos suelen proponerse nuevos esquemas y manuales de signo inverso. Semejante perspectiva esquemáticamente dual de la cultura cubana, destruye la comprensión posible de cada época histórica como una totalidad: Arango y Parreño, Saco y Caballero no son al parecer coetáneos, sino hombres que supuestamente viven

y actúan en mundo diferentes, tanto por sus necesidades como por sus expectativas. Pero los hechos son obstinados. Como ha expuesto Eduardo Torres Cuevas⁷, el proyecto de Arango es reformista ilustrado— es decir, que no era estrictamente ni liberal, ni democrático—, y fue presentado de manera orgánica, en sus aspectos económico, filosófico e histórico, por una pléyade de intelectuales de su generación, entre los que se destacan los antes mencionados.

III

Justo de Lara⁸ nos presenta, en un artículo que titula “La verdad histórica” (1891), una anécdota reveladora de las dudas y limitaciones propias del quehacer historiográfico: una noche de otoño —dice—, el Rey Carlos XI de Suecia se hallaba como de costumbre en sus habitaciones de palacio, junto a varios ministros de la corte. Desde su ventana pudo observar que el salón principal estaba extrañamente iluminado, como si hubiese alguna fiesta; ninguno de los hombres de su séquito pudo explicarle aquel hecho insólito y el Rey decidió acudir al lugar. Al llegar comprobó espantado que en el salón bailaban seres fantasmales ante un cuerpo ensangrentado que vestía

⁷ Eduardo Torres Cuevas: “Apología de nuestra historia (primera parte)”, en *Contracorriente*, La Habana, No.1, julio-septiembre, 1955, p.13-19.

⁸ José de Armas y Cárdenas (1866-1919), ensayista y crítico literario cubano, que usaba el seudónimo de Justo de Lara.

con las insignias reales y ocupaba el trono. Esa misma noche el rey contó lo acaecido en un pergamino que firmaron, como testigos oculares, todos los presentes y que fue sancionado con el cuño real. Semejante documento, probadamente legítimo, se conserva, pero ¿constituye una prueba histórica? Si el hecho narrado hubiese sido otro, aceptaríamos el pergamino como demostración irrefutable. Lo que nos induce obviamente a rechazar en este caso el documento es su inverosimilitud. Justo de Lara sonriente, nos guiña un ojo: si el hecho fuera verosímil, aceptaríamos de inmediato la versión escrita.

La historia cuenta, desde luego, con instrumentos de análisis muy variados que se complementan mutuamente, pero de cualquier manera el investigador debe reconstruir hechos y situaciones que transcurrieron muchos años, en ocasiones décadas y siglos, antes de su existencia. Y al hacerlo, selecciona datos y textos, personajes y contextos; reconstruir la historia significa construirla nuevamente, aunque no de manera arbitraria. Cabría afirmar en todo caso que cada nueva mirada interesada aporta elementos históricos anteriormente desconocidos o marginados; si convenimos en que la verdad está contaminada de impurezas y que todo discurso racional se afirma sobre un mínimo de concordancia con los hechos y es depositario, en consecuencia, de un mínimo de veracidad, cada nueva exigencia social, a pesar de su marcado sentido ideológico, iluminará un aspecto no suficientemente visto con anterioridad y significará a la postre un ahondamiento en

el conocimiento histórico. Pero no es posible identificar lo verdadero con lo racional, ni pretender que un mínimo de veracidad convierta una afirmación en verdadera. Lo verdadero es lo esencial; la verdad histórica es la que nos revela el sentido lógico de los acontecimientos, más allá de las pequeñas verdades que conforman la casualidad y la mentira.

A cien años de su caída en combate, José Martí vive. Su vigencia es múltiple: como escritor que inaugura la modernidad literaria hispanoamericana, como político antimperialista —nunca antinorteamericano— y anticolonialista —jamás antiespañol—, fundador de un partido político que debía conducir la guerra de independencia hacia una Revolución que instauraría en Cuba y Puerto Rico con un modelo alternativo de modernidad, como pensador, capaz de aunar la acción y la palabra y desde su peculiar sensibilidad poética arribar a una visión ecuménica de la realidad, al convencimiento de la identidad de lo verdadero, lo justo y lo bello. Marx y Martí, el primero desde su sensibilidad científica, el segundo desde su sensibilidad poética, avanzan hacia una comprensión y una ejecución de la cultura como totalidad. Ambos elaboran, como revolucionarios activos, sus respectivos contra-proyectos de modernidad, los que deben ser considerados en su interrelación, porque no son excluyentes. La Cuba finisecular del XX reproduce las dos tendencias culturales de la Cuba finisecular del XIX: la crítica positivista o positivizante (cientificista, descriptiva y reformista, sujetas las manos y los pies y la cabeza a lo posible) frente a la

creación martiana.

Pero lo posible ¿es acaso lo que se ve? Siempre recuerdo una frase de Martí tajante y lúcida como suya, cuando un escéptico le argumentaba que en la atmósfera de Cuba no se apreciaba el ímpetu necesario de rebeldía para el inicio de la gesta emancipadora: “yo no hablo de la atmósfera —respondió— Yo hablo del subsuelo”. ¿Quién sustenta que la realidad se agota en lo visible? Comprender un hecho no es describir lo que todos ven y para todos es obvio, sino descubrir sus zonas ocultas, sus posibilidades latentes, su futuro secreto. Posibilidad y futuro que no existen como final inexorable, sino como elaboración trabajosa y colectiva. Quienes sienten nostalgia de los años 60 y también quienes se arrepienten de esos años, parecen olvidar que lo genuino y rescatable de aquella época es su espíritu creador. Creación que sólo es posible desde una tradición: la batalla de las ideas suele darse en torno a la apropiación y legitimación de una tradición histórica.

Se ha dicho que los centenarios del prócer mayor de nuestra independencia, José Martí —el de su nacimiento en 1853 y el de su caída en combate en 1895—, han concurrido puntualmente cuando más se le necesitaba. No para que sustituyamos vergonzantemente el marxismo por el nacionalismo, supuesto vestigio este último de un pasado puesto en crisis por la transnacionalización de la economía y la política. En términos políticos el nacionalismo “de las naciones oprimidas”, como lo matizara Lenin, y el socialismo, intentan subvertir —variar o desar-

ticular— un orden internacional injusto que le es inherente al sistema. La historia del pensamiento nacional es en nuestros países el fundamento de un contraproyecto tendencialmente anticapitalista en sus reclamos reordenadores.

La “positivización” del pensamiento finisecular contaminó también a cierto marxismo manualesco, que situó su supuesta científicidad por encima de la acción de los hombres y divorció la teoría de la práctica. El progreso es para tales “marxistas” un concepto civilizador, por ello los hombres no deben interponerse en el fatídico decursar de los hechos, sean estos de una u otra índole, si todos conducen finalmente al “inexorable” advenimiento del socialismo.

Similares consejos, desde otras perspectivas y expectativas, nos ofrecen los neoliberales: la *eficiencia* —concepto que en ellos es sustitutivo del de la *ciencia*— y sus leyes, determina irremediablemente el curso de los hechos en el que no debemos intervenir, y que al final puede conducirnos a un supuesto estado de mayor desarrollo. La verdad entendida sólo como *hecho* o como comprobación fáctica, por encima y al margen de cualquier criterio de valor moral: la ciencia (y la eficiencia) como fin en sí misma y no como instrumento para la transformación del mundo.

No somos ni premodernos; ni posmodernos; vivimos una modernidad equivocada quizás, pero real, la que nos impuso la naciente globalización capitalista. Nuestras realidades nacionales no pueden reducirse al espacio físico de nuestras naciones: la diversidad de orígenes que nos caracteriza se sustenta en la transnacionalidad de la

economía. Tenemos que rescatar las diferencias para comprender la totalidad que nos define y señalar el sentido histórico de nuestra existencia colectiva. Aceptar la descalificación del sentido, de la historia, de la globalidad fundante, es anular nuestra existencia como pueblos, renunciar a nuestro proyecto emancipador, no de una o varias naciones, sino del Hombre; cuidemos celosamente las alternativas de vida que alberga nuestra cultura, ahora que parecen haber sido derribadas las barreras de la civilización y la barbarie. José Martí, hombre universal, vive a pesar de nosotros; se concede la palabra a sí mismo cuando callamos, nos alerta, reclama de todos el *compromiso*: palabra difícil, temida, en las postrimerias de este, su siglo XX. Desde ese viejo retrato que cuelga en la memoria de todos los cubanos, José Martí nos acompaña, atento y mudo interlocutor de las fundantes utopias.

La interculturalidad en el proceso de la Identidad Cultural

La alteridad como premisa para la definición de la identidad es algo que ha quedado fuera de toda objeción en los muy diversos estudios emprendidos sobre esta problemática.

Cuando se expresa que "la identidad emerge y se afirma sólo en la medida en que se confronta con otras identidades en el proceso de interacción social"¹, que "la identidad como fenómeno humano consiste en la diferenciación que el individuo es capaz de establecer entre él y los otros individuos con los cuales se relaciona socialmente, llegando a adquirir una conciencia de sí mismo y de los demás"², o más recientemente, que se llama "identidad cultural de un grupo social determinado (o de un sujeto determinado de la cultura) al proceso de producción de respuestas y valores que, como heredero y trasmisor, actor y autor de su cultura, éste realiza en un contexto histórico dado como consecuencia del proceso sociopsicológico de diferenciación-identificación en relación con otro(s) grupo(s) o sujeto(s) culturalmente definido(s)"³, por autores de diversos países y motivaciones,

Liliana Orozco Hernández (Bayamo, 1966) Licenciada en Historia del Arte por la Universidad de Oriente. Investigadora Agregada, adjunta a La Casa de la Nacionalidad Cubana. Desde 1994 se dedica al estudio de los contenidos teóricos relacionados con la identidad cultural y la región. Ha publicado varios artículos en suplementos culturales, *Revista Electrónica Granma-Ciencia*, revista *Ventana Sur*, *El Caimán Barbudo*, entre otros. Actualmente es profesora de Cultura Cubana en el Centro Provincial de Superación

¹ Gilberto Giménez: "La Identidad Social o el retorno del sujeto en sociología". Artículo mecanografiado. Archivo CICC Juan Marinello.

² Alba Josefina Zaiter: "La identidad social y nacional en la República Dominicana: un análisis psicosocial". Tesis doctoral. Universidad Complutense de Madrid, 1986, p.12.

³ *Modelo Teórico de la Identidad Cultural*. La Habana, MINCULT, 1996, p.12.

se hace visible la trascendencia de la comunicación intercultural en el proceso formativo de la identidad.

A fin de adentrarnos en la comprensión de este proceso y del lugar que en él ocupan las relaciones interculturales, sería oportuno analizar algunos planteamientos de la corriente etnicista al respecto, considerando el auge que esta tendencia alcanza dentro del pensamiento antropológico desde finales de la década del 60.

Antes, sin embargo, es imprescindible hacer una precisión metodológica con relación a los conceptos de identidad cultural e identidad étnica.

Grosso modo hemos venido apuntando algunos elementos claves dentro del proceso formativo de la identidad cultural, como son, de hecho, la existencia de un sujeto cultural —definido como tal a partir de su condición de organización social dentro de un contexto geográfico e histórico determinado—, la presencia del sujeto cultural alter como determinante en la toma de conciencia de la identidad grupal o cultural, y el proceso inicial de diferenciación-identificación que se produce como resultado de la comunicación entre ambos sujetos.

Debe añadirse además, que este llamado sujeto cultural lo es también porque comparte un mismo condicionamiento económico y político, una misma lengua y un mismo sistema de creencias, todo lo cual le otorga un sentido de unidad y pertenencia grupal.

El concepto de identidad étnica, en tanto, está muy relacionado con la definición de lo que puede considerarse como grupo étnico.⁴

⁴ En 1969 se publica el libro *Ethnic groups and boundaries. The*

Guillermo Bonfil Batalla, uno de los líderes más destacados de la tendencia etnicista en América Latina, relaciona como atributos más frecuentemente admitidos en la caracterización de un grupo étnico la presencia de un conglomerado social capaz de reproducirse biológicamente, que reconoce un origen común, cuyos miembros se identifican entre sí como parte de un “nosotros” distinto de los “otros” e interactúan con éstos a partir del reconocimiento recíproco de la diferencia y que comparten ciertos elementos y rasgos culturales entre los que tiene especial relevancia la lengua⁵. No obstante, deja abierta la definición a otros factores que se enfatizan o no, de acuerdo a los diversos puntos de vista que existen al respecto, como son: la existencia de un territorio definido, la condición de unidad política organizadora del grupo, etc.

El propio Bonfil parcializa su conceptualización de grupo étnico dentro de límites muy precisos cuando señala que “[...] la relación significativa necesaria para conceptualizar y definir el grupo étnico es una que se establece entre determinado conglomerado humano relativamente permanente (una sociedad) y su cultura propia”⁶.

social organization of culture difference, de Frederick Barth en el que por primera vez se plantea la definición del grupo étnico a partir de las relaciones sociales y sus representaciones, y no sólo de la descripción y análisis de su cultura. El mayor mérito de Barth radica sin dudas en haber considerado el factor relaciones (interétnicas o interculturales) como indispensable en la delimitación de un grupo étnico.

⁵ Guillermo Bonfil Batalla: “La teoría del control cultural en el estudio de procesos étnicos”, p.26.

se hace visible la trascendencia de la comunicación intercultural en el proceso formativo de la identidad.

A fin de adentrarnos en la comprensión de este proceso y del lugar que en él ocupan las relaciones interculturales, sería oportuno analizar algunos planteamientos de la corriente etnicista al respecto, considerando el auge que esta tendencia alcanza dentro del pensamiento antropológico desde finales de la década del 60.

Antes, sin embargo, es imprescindible hacer una precisión metodológica con relación a los conceptos de identidad cultural e identidad étnica.

Grosso modo hemos venido apuntando algunos elementos claves dentro del proceso formativo de la identidad cultural, como son, de hecho, la existencia de un sujeto cultural —definido como tal a partir de su condición de organización social dentro de un contexto geográfico e histórico determinado—, la presencia del sujeto cultural alter como determinante en la toma de conciencia de la identidad grupal o cultural, y el proceso inicial de diferenciación-identificación que se produce como resultado de la comunicación entre ambos sujetos.

Debe añadirse además, que este llamado sujeto cultural lo es también porque comparte un mismo condicionamiento económico y político, una misma lengua y un mismo sistema de creencias, todo lo cual le otorga un sentido de unidad y pertenencia grupal.

El concepto de identidad étnica, en tanto, está muy relacionado con la definición de lo que puede considerarse como grupo étnico.⁴

⁴ En 1969 se publica el libro *Ethnic groups and boundaries. The*

Guillermo Bonfil Batalla, uno de los líderes más destacados de la tendencia etnicista en América Latina, relaciona como atributos más frecuentemente admitidos en la caracterización de un grupo étnico la presencia de un conglomerado social capaz de reproducirse biológicamente, que reconoce un origen común, cuyos miembros se identifican entre sí como parte de un “nosotros” distinto de los “otros” e interactúan con éstos a partir del reconocimiento recíproco de la diferencia y que comparten ciertos elementos y rasgos culturales entre los que tiene especial relevancia la lengua⁵. No obstante, deja abierta la definición a otros factores que se enfatizan o no, de acuerdo a los diversos puntos de vista que existen al respecto, como son: la existencia de un territorio definido, la condición de unidad política organizadora del grupo, etc.

El propio Bonfil parcializa su conceptualización de grupo étnico dentro de límites muy precisos cuando señala que “[...] la relación significativa necesaria para conceptualizar y definir el grupo étnico es una que se establece entre determinado conglomerado humano relativamente permanente (una sociedad) y su cultura propia”⁵,

social organization of culture difference, de Frederick Barth en el que por primera vez se plantea la definición del grupo étnico a partir de las relaciones sociales y sus representaciones, y no sólo de la descripción y análisis de su cultura. El mayor mérito de Barth radica sin dudas en haber considerado el factor relaciones (interétnicas o interculturales) como indispensable en la delimitación de un grupo étnico.

⁵ Guillermo Bonfil Batalla: “La teoría del control cultural en el estudio de procesos étnicos”, p.26.

Es importante notar que en la cotidianidad (pasada o presente) ni estos procesos ni los ámbitos que contienen poseen permanencia temporal, sino que lo que en un determinado momento pudo constituir una expresión de cultura autónoma, por ejemplo, en otro puede desaparecer o transformarse en expresión de otro ámbito cualquiera, impelida por el fragor del devenir histórico y sus tensiones.

Aplicando, apenas en forma esquemática, el control cultural a la evolución histórica nacional, pudiera colegirse que ciertas prácticas aborígenes, que pervivieron unas durante algún tiempo después de la colonización, (como el ritual danzario areíto, la manera de construir sus casas y los materiales que usaban, por ejemplo) y otras que se insertaron con el tiempo en el modo de ser cultural cubano (el uso del tabaco, entre otros) representan ese ámbito de cultura autónoma donde el grupo dispone de elementos culturales absolutamente propios, y el español resulta una pieza externa.

El uso del código estilístico morisco en la arquitectura colonial cubana es un buen ejemplo de cómo el carácter dialéctico de la historia relativiza el contenido de un mismo elemento cultural, pues si bien en los primeros tiempos éste constituyó, como la propia religión católica, un factor impuesto, ajeno al universo de la cultura material aborígen, así como lo era también el credo cristiano de su mundo espiritual, paulatinamente el primero se convirtió — no ya para el aborígen, cuya definición étnica se fundió en el crisol del mestizaje con el español y el

africano, pero sí para el criollo cubano— en una práctica generalizada y asimilada al punto de dar lugar a una escuela cubana de arquitectura morisca. El catolicismo en tanto, desde hace mucho y hasta el presente forma parte del complejo sincrético religioso del cubano. Ambas son expresiones de la llamada cultura apropiada.

En cambio, la crisis de pintoresquismo que padecieron una gran parte de nuestras expresiones artísticas a consecuencia de las prioridades económicas y sociopolíticas norteamericanas en el momento intervencionista, generó serios ejemplos de cultura enajenada, como lo fue la folklorización de fiestas y costumbres del campesino por la industria cinematográfica, en aras de una visión idílica de la vida en Cuba.

Sin ánimo de ser exhaustiva en el paralelo de aplicación de esta teoría a la realidad cubana, es un hecho que ejemplos sobran, en tanto cultura emergente de un pasado de dominio colonial, al igual que el resto de los pueblos del continente. Lo es también la validez del estudio de los resortes que animan estas relaciones interculturales, si queremos adentrarnos en esa compleja, pero apasionante tarea de conocer quienes somos hoy a partir de lo que fuimos ayer.

Lengua y transculturación en Bayamo

(Ponencia pronunciada por Libia Peña Roblejo en la IV edición del Evento Teórico Crisol de la Nacionalidad)

Introducción

Este trabajo forma parte del material recopilado para lo que pretendemos que sea en el futuro un glosario de voces aruacas o indoamericanas presentes en el territorio donde estuvo el cacicazgo aborigen de Bayamo.

Con el objetivo de rescatar las raíces que conforman el español hablado en Cuba, muestreamos parte del léxico de esta región para contribuir con este estudio parcial a profundizar en lo que se ha llamado la modalidad oriental del español de Cuba, que no es otra cosa sino el producto del sustrato aborigen que unido a la lengua traída por los colonizadores dio lugar a la realización cubana del español.

Trabajando en la diacronía, hemos inventariado numerosas voces del municipio cabecera de la provincia de Granma que sometimos al análisis lingüístico, todas ellas usadas por nuestros aborígenes y que se han mantenido en el léxico o en el habla coloquial con su forma y significados originales, en algunos casos, otras que se han amalgamado a afijos del español para dar lugar a la hibridización, otras que han tomado significaciones nuevas y otras que han dado posibilidades tropológicas a nuestra lengua y hoy son utilizadas metafóricamente.

Libia Peña Roblejo (Bayamo, 1957). Licenciada en Español y Literatura. Ha publicado en revistas y suplementos provinciales. Actualmente es profesora del Centro de Superación para la Cultura y el Arte de Granma. Como investigadora adjunta a La Casa de la Nacionalidad ha desarrollado numerosos estudios sobre la lengua aborigen.

En 1492 existían en Cuba tres grandes grupos en diferentes niveles de desarrollo: Guanahatabeyes o Guanacabibes, Siboneyes y Taínos.

Por la estructura semejante de las palabras, las características lingüísticas análogas en los topónimos y el testimonio del padre Las Casas, podemos pensar que existía en la isla una sola lengua con modalidades dialectales diferentes, pero todas esas modalidades pertenecientes al tronco lingüístico común aruaco.

El aruaco, es una familia lingüística suramericana procedente de la cuenca del río Orinoco. Sixto Perea¹ explica que esta voz se deriva de *ARUA* (jaguar), al que se le añade el sufijo *KO*, presente en todo nombre totémico.

Los aborígenes de Bayamo habitaron en el territorio central de la gran llanura del valle del Cauto, cultivaban la tierra, trabajaban la cerámica, practicaban la caza, la pesca, adoraban un panteón de cemíes, ejercían el animismo y el behiquismo.

Así son caracterizados los habitantes del cacicazgo aborígen que poblaba la margen derecha del río Bayamo. A sus tierras se trasladó en 1514, aproximadamente, la segunda villa fundada por Diego Velázquez, y al nombre aborígen del asentamiento, unieron el cristiano, Santísimo Salvador para dar lugar al topónimo híbrido, Santísimo Salvador del Bayamo, que en cinco siglos se ha despojado del vocablo ibero y hoy sólo conserva el desmotivado Bayamo.

¹ Sixto Perea y Alonso: *Filología comparada de las lenguas y dialectos arawak*, Imprenta A. Monteverde, Montevideo.

Los aborígenes de Bayamo, hablaban el aruaco insular al igual que el resto del país, esta lengua no es estudiada en Cuba hasta 1836 y de ella no ha quedado ningún monumento literario por lo que ha sido necesario la reconstrucción, a partir de otros descendientes del mismo tronco, y la comparación con otras de la misma familia, teniendo en cuenta, como datos valiosos, los testimonios de los cronistas de Indias.

Con la llegada de los españoles al territorio, comienza el proceso de contacto lingüístico donde el lenguaje oral necesita el apoyo de la mímica, en este intercambio, muchas veces el colonizador no interpretó correctamente la información, y el mensaje llegó deformado al receptor, que lo toma y transmite en esa forma, esto trae como consecuencia la traducción equivocada de algunos vocablos que pasan a formar parte de nuestra lengua con una significación diferente a la que tenían en la lengua aruaca. En ese caso está el conocido ejemplo de *Calmán* que según parece, en el acto de la comunicación, el informante a lo que se refiere es a las cualidades del reptil y contesta: Caimán (de *Ca-ima-ti*, **perverso, enemigo**), así lo refiere Sergio Valdés², el vocablo se considera como el nombre del animal, sin embargo, en las lenguas aruacas continentales ni en el aruaco insular hay vocablos similares.

² Sergio Valdés Bernal: *La evolución de los indoamericanismos en el español hablado en Cuba*, Editorial Ciencias Sociales, 1986.

Caso parecido es el de l'aino (de *Tai*, **noble** y *no*, signo de plural equivalente a **nosotros**, que equivale a decir nosotros los nobles, los buenos³, así gritaron los aborígenes para que los diferenciaron de los otros grupos, sin embargo, los colonizadores utilizaron esta voz como etnónimo para distinguir a la población aruaca que tenía mayor desarrollo en la isla.

Otros vocablos presentes en el léxico de Bayamo han conservado su significado primitivo, entre ellos tenemos zoónimos como:

| | |
|---------|---|
| Chipójo | (nombre que se da al camaleón en esta zona oriental) |
| Caguayo | (<i>Lelicephalus carinatus carinatus</i>) |
| Cocuyo | (<i>Calais patricia</i>) |
| Jutía | (mamífero roedor del género <i>Capromys</i>) |
| Jicotea | (<i>Amys decussata o pseudemis decussata decussata</i>) |
| Guareao | (<i>Buteo borealis</i>) |
| Nigua | (<i>Tunga penetrans</i>) |
| Jaiba | (<i>Gallinactes sapidos acutidents</i>) |

Bayoya (*Lelicephalus vittatus*)

Curicl (*Cavia porcellus*)

Gran parte de los nombres de árboles (fitónimos) presentes en nuestra flora también se conservan, así tenemos:

| | |
|-----------|------------------------------------|
| Ácana | (<i>Manilkara albescens</i>) |
| Ají | (<i>Capsicum frutescens</i>) |
| Anamú | (<i>Frithroxylon havanenses</i>) |
| Bija | (<i>Bixa orellana</i>) |
| Caoba | (<i>Swietenia mahagoni</i>) |
| Copey | (<i>Clusia rosea</i>) |
| Cuaba | (<i>Amyris balsamifera</i>) |
| Curujey | (<i>Guzmania monostachya</i>) |
| Guabán | (<i>Trinchilia hirta</i>) |
| Guanábana | (<i>Annona muricata</i>) |
| Güira | (<i>Crescentia cujete</i>) |

³ J.J. Arrom: Revista *EMF-EME*, 1973, Vol II, No.8.

| | |
|---------|-----------------------------------|
| Jibá | (<i>Erithroxlyon areolatum</i>) |
| Maguey | (<i>Furcraea hexapétala</i>) |
| Yagruma | (<i>Cecrofia peltata</i>) |

entre otros muchos que pudiéramos citar.

En el argot culinario es frecuente escuchar los vocablos Casabe, Bija, Cosuba, Naiboa, Yuca, Chicha, etc.

Voces como Bajareque, Caney, Batey, Hamaca, Huracán, Macana, Yagua, Yarey, Cabuya, Guano, Cayo, y muchos otros forman parte de la realización local de nuestro español, en ellos el significado primitivo se mantiene.

Sin embargo, numerosas palabras perdieron, con el tiempo y la evolución, su primitiva significación, un ejemplo de ello es Bayamo, nombre del río y del cacicazgo aborígen, que según se ha dicho⁴ debe su nombre al árbol de la sabiduría, sin embargo este árbol no se encuentra registrado en nuestra flora, es decir, el referente se desconoce, se perdió en la cultura espiritual precolombina, por tal razón el nombre se ha desmotivado. No obstante, hoy es el ecónimo con que se nomina el municipio cabecera de la provincia de Granma.

Otras muchas palabras que forman parte de nuestra toponimia tienen significado desconocido, podemos citar, por ejemplo, Babatuaba, Jimirú, Cupeinicú y Guajacabo,

⁴José Maceo Verdecia: *Bayamo*, Editorial La Mercantil, La Habana, 1941.

hidrónimos, que en la estructura llevan implícito nombres de plantas (guabán, himiní, cupey y guajaca) unidos a otras partículas que conforman la palabra.

Esas partículas en la generalidad de los casos también tienen semántica desconocida y esto hace que los vocablos se clasifiquen como oscuros de significación lingüística, independientemente de que hoy son nombres de algunos ríos de Bayamo.

Muchas de las palabras citadas se han amalgamado a derivados hispanos para dar lugar a voces nuevas, así tenemos:

Bijagual, de *bija* El derivativo español *-al*, con significación de plural, señala el monte de bijas

Macanazo, de *macana* El sufijo *-azo* no funciona como aumentativo, sino que unido al lexema *macan-* significa el proceso de golpear con la macana.

Manglar, de *mangle* El derivativo *-ar* unido al lexema *mangl-* propicia el nombre del lugar poblado de mangles.

En estos casos los afijos españoles aportan una significación nueva al lexema de filiación aruaca.

Estas palabras son muestras del sincretismo lingüístico presente en el léxico de Cuba.

Son la llamadas palabras compuestas que se han formado mediante afijos, que surgen debido a la necesidad que tiene el hombre de nombrar realidades nuevas.

Otra forma de obtener un vocablo nuevo es mediante la unión de una palabra indoamericana y otra española, es el caso de la yuxtaposición donde un miembro se subordina a otro sin sufrir cambios formales. Tenemos una sola registrada en Bayamo y es el caso de *Botaguano*.

Botaguano es el último cuje grueso que se monta sobre los extremos inferiores de las varas en los techos de guano. Es frecuente esta denominación utilizada en sentido figurado para el fondillo de las mujeres que poseen grandes glúteos.

Numerosas voces relacionadas en el inventario han conservado su significado primario pero unido o paralelo a este han desarrollado otros, es el caso de palabras polisémicas como:

Yuca, así se conoce la planta *Manihot manihot*, pero metafóricamente se le da esa denominación al miembro viril.

Jaiba, es el animal *Gallinectes sapidus* pero con significado peyorativo y traslaticio se utiliza este vocablo.

Güira, es el fruto del *Crescentenia cujete*, y es el nombre que se da en sentido figurado a la cabeza.

Los aruaquismos utilizados en sentido figurado son propios del desarrollo lingüístico, pues generalmente son asociaciones que se establecen entre un indoamerica

nismo y una realidad. Veamos algunos casos:

Bayoya (Leiocephalus vittatus) llamaban nuestros aborígenes a una especie de lagarto. Por analogía con el animalito se le denomina en esta zona bayoya a las personas gordas que han perdido la cintura.

Jicotea (Pseudemis discussata discussata) es el nombre que le daban los aruacos a un anfibio de lento caminar. Por tal razón se utiliza el término para denominar a personas morosas.

Yagruma (Didymopanax morototoni y Cecropia peltata) es el nombre que se le da a las plantas cuyas hojas tienen en el haz un color y en el envés otro. Esa diferencia de colores hace que se le llame yagruma a la persona hipócrita, de dos caras.

Reflexionando sobre el uso y la evolución de algunos vocablos en esta región, vimos el caso de guayaba, indoamericanismo con que se nomina el fruto del *Psidium guajava*, fruta muy codiciada.

Los indoantillanos la conocían con ese mismo nombre y según sus mitos, la guayaba era el alimento de los opias o espíritus, que habitaban en Cohaiba, en el reino o lugar de los ausentes, o sea, en el sitio de los muertos.

En esta zona oriental se conserva el término como nombre de la fruta, pero también se usa en frases como "comerse la guayaba", para significar la actitud del estudiante que se ausenta injustificadamente a clases.

Esta palabra ha formado compuestos como *guayabera*

(prenda de vestir), *guayabero* (sinónimo de mentiroso), *guayabillo* (algunas variedades de guayaba) y *guayabito* (guayaba pequeña y roedor).

En Bayamo se llama guayabita a la rata pequeña, que en otras partes del país se denomina guayabito. En este caso regional no se utiliza al masculino como término no marcado, sino el femenino.

También la norma del valle del Cauto conoce como *nigua* al insecto *Tunga penetrans*, de tamaño pequeño, que anida en la piel de personas y animales.

La nigua penetra en la piel de animales y personas donde deposita una bolsa de huevos que se denomina *cayaya*.

En el occidente del país el insecto se denomina indistintamente, como nigua o cayaya, pero en Bayamo, nigua es el insecto y cayaya es la bolsa de huevos.

La conquista y colonización generó el lógico proceso de transculturación e intercambio lingüístico. Las relaciones entre colonizadores y colonizados dejaron su huella en el léxico de la zona objeto de estudio, de ahí que sean numerosos los aruaquismos presentes en Bayamo, máxime si se tiene en cuenta que era un cacicazgo importante, bastante poblado y de una avanzada cultura material y espiritual en relación con los otros del país.

La integración del aruaco insular y el español dio lugar a palabras nuevas formadas mediante la composición y la yuxtaposición. Otros indoamericanismos extendieron su significado y otros pasaron al lenguaje tropológico.

Se ha dicho que los indocubanos se extinguieron como

grupo etnolingüístico, debido al mestizaje biológico y cultural, sin embargo, han dejado su huella en el léxico cubano, y los estudios regionales tributan al reconocimiento de esas raíces que conforman nuestra identidad.

BIBLIOGRAFÍA:

Alvaro Francés, F.: *Cervantes: Diccionario Manual de la lengua española*. Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1979.

Arrom, J.J.: *Relación acerca de las antigüedades de los indios (de Ramón Pané)*. Siglo XXI, México, 1974.

Guarch, J.: *Mitología aborígen de Cuba*. Editorial Publicigraf, Holguín, 1990.

Maceo Verdecia, José.: *Bayamo*. Editorial La Mercantil, La Habana, 1941.

Pichardo Tapia, E.: *Diccionario provincial casi razonado de voces y frases cubanas*. Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1976.

Roig, J.T.: *Diccionario histórico*. Editorial del Consejo Nacional de Universidades, 1965.

Valdés Bernal, Sergio.: *Las lenguas indígenas de América y el español de Cuba*. Editorial Academia, La Habana, 1991.

_____ : *La evolución de los indoamericanismos en el español hablado en Cuba*. Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1984.

Zayas, Alfredo. : *Lexicografía Antillana*: Tipos Molina, La Habana, 1931.

La defensa de la primera ciudad insurrecta

(Ponencia pronunciada por Angel Lago Vieito en la V edición del Evento Teórico Crisol de la Nacionalidad.)

Introducción

Durante 84 días —entre el 20 de octubre de 1868 y el 12 de enero de 1869— Bayamo permaneció en poder de las fuerzas patrióticas que habían enarbolado la bandera de la lucha independentista a partir del alzamiento, el 10 de octubre, en La Demajagua.

La ciudad se convirtió en capital de la incipiente revolución, y como tal en un símbolo patriótico, contra el que se congregaron las fuerzas de la reacción colonialista, en sus intentos para destruirlos.

La defensa de Bayamo se convirtió en una cuestión vital para los revolucionarios, que lograron rechazar exitosamente las primeras tentativas del enemigo para recuperarla. Tras los fracasos iniciales, el mando español preparó poderosas fuerzas, que luego de vencer una encarnizada resistencia, sólo lograron ocupar una ciudad convertida en cenizas por sus habitantes, como palpable muestra de la decisión de combatir hasta el final por la causa independentista.

Acercas de esas acciones militares, como la conocida por la primera carga al machete de las guerras de independencia, y los combates desarrollados en las márgenes de los ríos Cauto y El Salado en enero de 1869, trata este trabajo, en el que se ofrecen precisiones en cuanto a la fecha de algunos acontecimientos, y determinadas valoraciones sobre el desarrollo de éstos.

Angel Lago Vicito (Niquero, 1952). Licenciado en Periodismo (1977) e Historia (1991), y master en Ciencias Históricas (Universidad de La Habana, 2000). Ha publicado *Los aborígenes de Bayamo* (Ciencias Sociales, 1994), y es coautor de *Bayamo en el Crisol de la Nacionalidad Cubana* (Ediciones Bayamo, 1996). Artículos suyos sobre temas de historia regional y antropología se han incluido en revistas especializadas. Es investigador de la Casa de la Nacionalidad Cubana.

Las primeras victorias militares

Transcurrían los días intensos del inicio de la insurrección independentista. Después del pronunciamiento de Carlos Manuel de Céspedes en La Demajagua el 10 de octubre de 1868, las fuerzas patrióticas habían sido rechazadas sorpresivamente el día 11 en el poblado de Yara, cuando —sin experiencia militar— entraban desprevenidos en la plaza.

Tras la dispersión de sus hombres, Céspedes recibió la incorporación del dominicano Luis Marcano, al frente de una tropa, quien había sido oficial en el ejército de su país y poseía amplios conocimientos bélicos.

Como segundo, al mando, Marcano dirigió las operaciones que culminaron con la toma de Bayamo —entre el 18 y el 20 de octubre—, no sin antes vencer una fuerte resistencia de la guarnición española.

Otro dominicano, también participante de la conspiración independentista y con vasta experiencia guerrera, Máximo Gómez, se había incorporado desde el día 16 en El Dátil —donde residía— a las fuerzas revolucionarias, con el grado de sargento.

Pronto Céspedes lo enviaría, con el grado de general, a reforzar a las fuerzas de Donato Mármol, que se encontraban en Jiguani.¹

¹ Benigno Souza: *Máximo Gómez: el generalísimo*. Editorial Trópico, La Habana, 1936, p.11.

Bayamo había caído en poder de los insurrectos y se proclamaba como capital de la Revolución; la ciudad era la segunda población y una importante plaza militar en el Departamento Oriental, situada estratégicamente en una confluencia de vías de comunicación. Su toma representó un relevante éxito para los insurrectos, desde el punto de vista militar, político y moral. Otras ciudades, como Tunas y Holguín, no pudieron ser ocupadas.

El mando español trató de aplastar rápidamente el ejemplo que representaba Bayamo, y envió contra la ciudad fuertes columnas, con el fin de aplastar el movimiento revolucionario en su cuna.

Es entonces cuando las tropas revolucionarias logran detener y rechazar el avance de las columnas sobre Bayamo, lo que permite que éste permanezca en poder de los patriotas, mientras se consolida la insurrección.

Acerca de esos hechos, y particularmente sobre el considerado como la primera carga al machete de las guerras de independencia, pretendemos hacer determinadas precisiones, habida cuenta de que salvo en lo referente a la importancia y lo que representó el suceso, existen diferentes criterios entre los numerosos investigadores y estudiosos que han abordado el asunto.

Las comunicaciones emitidas por ambos contendientes son contradictorias, en cuanto a número de fuerzas participantes y de bajas, y a cómo se desarrollaron las acciones; los historiadores nombran el lugar de los hechos de varias maneras, y particularmente existen discrepancias en lo referente a las fechas de los sucesos, pues se habla

indistintamente del 26 de octubre y del 4 de noviembre.

El propio Gómez, principal actor, se refiere a esa última fecha en su diario de campaña², lo cual debía ser prueba concluyente, pero lo cierto es que esas líneas fueron escritas algún tiempo después de los acontecimientos, y la memoria pudo traicionarlo y confundirlo en la vorágine de los hechos.

En estas líneas ofrecemos conclusiones del análisis de las diversas fuentes. Sirven de apoyo partes oficiales del Estado Mayor español, publicados en aquellos días por la *Gaceta de la Habana*, órgano oficial del gobierno.

Con el propósito de converger sobre Bayamo habían partido dos fuertes columnas españolas: una desde Manzanillo y otra desde Santiago de Cuba. La procedente de Manzanillo estaba mandada por el teniente coronel Juan López del Campillo, y la enviada desde Santiago, por el coronel Demetrio Quirós, oficial veterano de la Guerra de Restauración en Santo Domingo.

La derrota del teniente coronel Campillo por las tropas del general dominicano Modesto Díaz en las márgenes del arroyo Babatuaba, la sitúan indistintamente las fuentes entre el 19 y el 22 de octubre, e incluso hasta el 23.

Por orden de Céspedes, los generales Donato Mármol y Máximo Gómez acudieron desde Jiguaní en auxilio de Modesto Díaz. Acerca de ese desplazamiento de las tropas, escribía Gómez:

[...] al siguiente día 22, marchamos para Bayamo, cerca ya de aquella población le advertí (a Mármol) el modo cómo se acostumbraba a hacer la entrada las tropas en una plaza para evitar un desorden, y mucho más, en una plaza que a la sazón se batía al enemigo en su cuartel [...] dispuse entonces que toda la gente con García a la cabeza acampara afuera de la población, en la finca "La Glorieta", pues así se expeditaba mejor la marcha y descanso de las tropas hacia el camino de Manzanillo; y yo y Donato pasamos al cuartel de Céspedes a recibir órdenes, ellas fueron las de marchar a reforzar al general Modesto Díaz que ya marchaba a encontrarse con el enemigo que ya avanzaba de Manzanillo, el mismo día seguimos e hicimos noche en Jucaibama —el 23 se continuó y a las 12 llegamos a Babatuaba en cuyo punto acababa el General Díaz de rechazar al enemigo— en aquel momento se suscitó una seria cuestión entre Díaz y Mármol, pues el último quiso avanzar y perseguir al enemigo y Díaz se opuso, pues decía que de momento no podía ni debía hacerse[...]³

De la lectura de esas líneas se desprenden varias precisiones:

Cuando Mármol y Gómez pasaron por Bayamo aún se combatía en la ciudad, cuya capitulación no ocurrió hasta

² Máximo Gómez: *Diario de Campaña*. Instituto del Libro, La Habana, 1968, p.4.

³ *Ibidem*, p.3.

la mañana del día 20. Además, en la noche del día 19 ya las tropas españolas sitiadas en el cuartel de infantería habían sido informadas por los patriotas de la derrota de las fuerzas de Campillo⁴, cuando les conminaban a la rendición. Aunque puede argüirse que esto último bien pudo ser una estratagema para lograr la capitulación de los sitiados.

Por otra parte, las autoridades españolas de Bayamo habían sido apercebidas de la presencia de las fuerzas insurrectas desde la tarde del día 17, y del proyectado asalto en la mañana del día siguiente⁵, por lo que deben de haber pedido auxilio inmediatamente a las plazas cercanas.

Teniendo en cuenta además, que en la propia mañana del día 18, tras la rendición de los milicianos y bomberos que guarnecían la Plaza de Isabel II, el general Modesto Díaz se pasó al lado de las armas cubanas y fue enviado inmediatamente por Céspedes a cortarles el paso a los refuerzos enemigos procedentes de Manzanillo⁶, la ciudad más cercana; lo más probable es que el encuentro entre ambas fuerzas tuviera lugar en la mañana del día 19.

La columna española comandada por el teniente coronel Campillo, que se dirigía a marcha forzada hacia Bayamo, estaba compuesta por 600 hombres. Fue derro-

⁴ Antonio María Alcover: *Bayamo: su toma, posesión e incendio*. Imprenta La Australia, La Habana, 1902, p.44.

⁵ *Ibidem*, p.22.

⁶ *Ibidem*, pp.35-36.

tada y dispersada en los márgenes del Babatuaba, y se replegó hacia Manzanillo. Por cierto, se suscitó una desavenencia entre los generales Díaz y Mármol, pues este último era partidario de perseguir y exterminar a los restos de la columna enemiga.

A partir de entonces, el mayor peligro que se cernía sobre Bayamo lo representaba la columna de Quirós, compuesta de 700 soldados experimentados y perfectamente disciplinados, equipados con carabinas *Miniet*, un buen armamento para la época⁷. Contaba también con una sección de artillería.

A cortarles el paso se dirigieron las tropas de Mármol, del cual era subordinado Máximo Gómez. También marcharon hacia allí las fuerzas del general Luis Marcano. Las tropas cubanas tomaron posiciones en la Loma del Yarey; apenas disponían de armas y parque, pero poseían una gran moral de lucha.

Después de vencer la resistencia en la Venta de Casanova y vadear el río Contramaestre, el enemigo avanzó sobre Baire. Así lo recogía un parte oficial de la Capitanía General:

[...] el día 21 continuó la marcha la columna Quirós en dirección a Baire, donde se había posesionado el enemigo, a pesar de haberse dicho que allí opon-

⁷ Bernardo Callejas: *Máximo Gómez en la independencia patria*. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1986, p.38.

dría una rigurosa resistencia en cuanto los espías divisaron nuestras tropas fue abandonada [...]»⁸

Las fuerzas colonialistas ocuparon a Baire y allí permanecieron algunos días. Un peligro inminente se cernía sobre la primera ciudad libre. Estaba preparado el escenario para la gesta en que Máximo Gómez se cubriría de gloria al impedir el avance sobre Bayamo.

Una orden General del Estado Mayor español, del 2 de noviembre de 1868, describe el suceso de esta manera:

El Excmo Sr. Comandante General del Departamento Oriental ha remitido al Excmo Sr. Capitán General el parte detallado de las acciones sostenidas contra los insurrectos a un kilómetro de Baire el 25 de octubre próximo pasado por la columna al mando de Sr. Coronel D. Demetrio Quirós y Wegler, del cual resulta que el enemigo [...] se situaron en la casa o venta del Pino y habiéndolo sabido el citado jefe a las 12 del día dispuso que inmediatamente saliese a ofrecerles combate una compañía de la Corona, a la que siguió otra de Cuba, quedando la fuerza restante en expectativa hasta saber la intención del enemigo. En juego ya la primera y reforzada por la segunda, se dirigió el coronel Quirós al lugar del combate, desde cuyo punto ordenó que

⁸ Ramiro Guerra: *Gaceta de La Habana*. No. 259 del 28 de octubre de 1868, p.1.

quedase en reserva otra compañía de la Corona que acudiese el resto de la fuerza de este campo a una pieza de Montaña, dejando la otra de reserva protegida por una compañía. La sección enemiga que tenía armado de machetes salió al encuentro y atacó con feroz empeño machete en mano y a bayoneta. Se defendieron valientemente dos compañías de la Corona y de Cuba.⁹

Aunque el parte español confunde los nombres de los jefes de las fuerzas revolucionarias y convierte por error lo que fue un triunfo en un triunfo lo que fue una severa derrota y pérdida de armas, es preciso en señalar el lugar y la fecha del combate. Es evidente, además, que la carga al machete no fue el resultado de una emboscada, sino, como lo describe el propio Gómez en su diario:

[...] logré avanzar en un momento dado, con treinta o cuarenta hombres que me acompañaban, y di una carga al machete. El enemigo retrocedió y un número considerable de bajas[...]¹⁰

La carga al machete tuvo lugar en medio del combate, como lo señala también el historiador Antonio Pirala, en su obra *Anales de la Guerra de*

⁹ *Ibidem*: No. 265 del 3 de noviembre de 1868, p. 11.

¹⁰ Máximo Gómez: *ob. cit.*

dría una rigurosa resistencia en cuanto los espías divisaron nuestras tropas fue abandonada [...]⁸

Las fuerzas colonialistas ocuparon a Baire y allí permanecieron algunos días. Un peligro inminente se cernía sobre la primera ciudad libre. Estaba preparado el escenario para la gesta en que Máximo Gómez se cubriría de gloria al impedir el avance sobre Bayamo.

Una orden General del Estado Mayor español, del 2 de noviembre de 1868, describe el suceso de esta manera:

El Excmo Sr. Comandante General del Departamento Oriental ha remitido al Excmo Sr. Capitán General el parte detallado de las acciones sostenidas contra los insurrectos a un kilómetro de Baire el 25 de octubre próximo pasado por la columna al mando de Sr. Coronel D. Demetrio Quirós y Wegler, del cual resulta que el enemigo [...] se situaron en la casa o venta del Pino y habiéndolo sabido el citado jefe a las 12 del día dispuso que inmediatamente saliese a ofrecerles combate una compañía de la Corona, a la que siguió otra de Cuba, quedando la fuerza restante en expectativa hasta saber la intención del enemigo. En juego ya la primera y reforzada por la segunda, se dirigió el coronel Quirós al lugar del combate, desde cuyo punto ordenó que

⁸ Ramiro Guerra: *Gaceta de La Habana*, No. 259 del 28 de octubre de 1868, p.1.

quedase en reserva otra compañía de la Corona y que acudiese el resto de la fuerza de este cuerpo y una pieza de Montala, dejando la otra de reserva protegida por una compañía. La sección que el enemigo tenía armado de machetes salió al campo y atacó con feroz empeño machete en mano a las dos compañías de la Corona y de Cuba.⁹

Aunque el parte español confunde los nombres de los jefes de las fuerzas revolucionarias y convierte prácticamente en un triunfo lo que fue una severa derrota de sus armas, es preciso en señalar el lugar y la fecha del suceso. Es evidente, además, que la carga al machete no fue resultado de una emboscada, sino, como lo describe el propio Gómez en su diario:

[...] logré avanzar en un momento dado, como con treinta o cuarenta hombres que me acompañaban y di una carga al machete. El enemigo retrocedió con un número considerable de bajas[...]¹⁰

La carga al machete tuvo lugar en medio del fragor del combate, como lo señala también el historiador español Antonio Pirala, en su obra *Anales de la Guerra de Cuba*,

⁹ *Ibidem*; No. 265 del 3 de noviembre de 1868, p. 11.

¹⁰ Máximo Gómez: *ob. cit.*

español. El ataque a Bayamo fue aplazado, y el conde de Valmaseda se trasladó a Camagüey para tratar de sofocar la insurrección allí.

Valmaseda no tuvo éxito en lograr la rendición de los jefes orientales, pero en Camagüey contó con la labor divisionista de Napoleón Arango, quien se mostró dispuesto a escuchar las proposiciones de paz; aunque pronto los patriotas camagüeyanos anunciaron su disposición de continuar la lucha.

Ante el fracaso de su misión pacificadora, Valmaseda decidió retornar a La Habana, con el propósito de informar de los acontecimientos al Capitán General, obtener refuerzos y regresar para marchar sobre Bayamo. Con tal fin embarcó desde Nuevitas el 11 de diciembre.

El 20 de diciembre ya Valmaseda se encontraba de regreso en Nuevitas, al mando de una poderosa columna de más de dos mil hombres de las tres armas, cuatro piezas de artillería y un considerable convoy de vituallas y material de guerra. Como jefe de estado mayor venía el general Valeriano Weyler.

Mientras, en el campo insurgente la estrategia consistía en mantener la iniciativa, extender la insurrección, ocupar importantes poblaciones del interior y privar al enemigo de utilizarlas como base de operaciones, además de asediar las poblaciones costeras para impedir la llegada de refuerzos por vía marítima.¹³

¹³ Colectivo de autores: *Las acciones combativas de El Salado*. E.M.S. "Comandante Arides Estévez Sánchez", La Habana, 1994, p.3.

Para tales fines, Céspedes distribuyó los mandos militares de la siguiente manera:

El general Donato Mármol en las zonas de Jiguani, Santiago de Cuba, Guantánamo y Baracoa. Tenía como jefe de estado mayor a Máximo Gómez, quien ocupó los puestos de la Sierra Maestra que podrían servir de vía de acceso del enemigo hacia Bayamo. Al frente de Holguín, Mayarí y Gibara, designó al general Julio Grave de Peralta, auxiliado por el general Amadeo Manuit, de origen venezolano. El general Vicente García mandaba las fuerzas de las Tunas; y para el triángulo Bayamo, Norte y Sur del río Cauto, Manzanillo y Cabo Cruz, destinó a los generales Luis Marcano, Francisco Vicente Aguilera y Modesto Díaz.¹⁴

Tal era la distribución de las fuerzas insurrectas cuando la poderosa columna de Valmaseda partió de Nuevitas, el 22 de diciembre; el 26 de diciembre llegó a Casorro y el 28 a Guáimaro, el día 30 cruzó el río Jobabo y entró en la jurisdicción de las Tunas. A su paso por territorio camagüeyano la columna fue hostigada por las fuerzas insurrectas, y se vio obligada a abandonar las carretas en las que conducían víveres y armamentos.

Ya en territorio tunero la columna fue fuertemente atacada en la finca Dolores, y en la hacienda de El Rompe combatió contra fuerzas al mando de los generales Vicente García y Modesto Díaz, enviado este último en auxilio del primero. Valmaseda necesitó de la ayuda del

¹⁴ *Ibidem*, p.4.

coronel Loño con una columna de 700 hombres, lo que le permitió arribar a la ciudad de las Tunas el primero de enero de 1869. Allí descansó y reaprovisionó sus fuerzas durante cinco días.

Las acciones combativas de Cauto – El Salado

Al tanto del movimiento de la columna de Valmaseda y de la inminente amenaza que se cernía sobre Bayamo, Carlos Manuel de Céspedes concibió la forma de enfrentarla. No era posible retirar las fuerzas que asediaban a Manzanillo y Holguín, pues desde esos puntos se podían lanzar a peligrosos ataques del enemigo. Por tanto, Céspedes ordenó al general Donato Mármol, quien a la sazón se encontraba en la zona de Sabanilla, que marchara a contener al enemigo.

Mármol se puso en marcha de inmediato, por el camino real de la Isla, entre Yarayabo y Palma Soriano. Cruzó el Contramacstre, y pasó por Baire, Jiguani, Santa Rita y Bayamo. Finalmente vadeó el Cauto y levantó improvisadas trincheras en algunos de los pasos de El Salado, afluente septentrional de el Cauto. También construyó atrincheramientos en las márgenes del Cauto, en la zona comprendida entre Cauto El Paso y Cauto Embarcadero.

Muy difícil era la misión que debían cumplir las tropas de Mármol. Las fuerzas enemigas eran muy superiores en armamento, y podían vadear los ríos El Salado y Cauto

por varios lugares. Además la línea de defensa era sumamente extensa, sus tropas estaban escasamente armadas y aprovisionadas, y carecían en su mayor parte de experiencia militar.

Antes de reanudar la marcha el día 5 de enero, el conde de Valmaseda obtuvo información acerca de la cantidad de hombres, situación y probables planes de los insurrectos, de acuerdo con lo cual proyectó su estrategia.

El mando español decidió asestar golpes convergentes sobre Bayamo desde tres direcciones: Santiago de Cuba, Manzanillo y Tunas. Desde este último lugar marchaba la agrupación principal, dirigida personalmente por Valmaseda, y que fue la única que logró abrirse paso.

En la tarde del propio día 5, la columna española acampó en el potrero Las Arcnas. Al día siguiente prosiguió la marcha y simuló tomar rumbo hacia Holguín, vía Guajaco. Sin embargo, en la mañana del día 8, contramarchó en la verdadera dirección, y logró cruzar El Salado por el vado de El Saladillo, donde el río sólo tenía una anchura de siete metros.

La maniobra de la columna española había logrado que las fuerzas atrincheradas en la orilla de El Salado abandonaran el lugar y se acantonaran del otro lado del Cauto.

Mármol fue tomado por sorpresa, y al percatarse de las verdaderas intenciones del enemigo, ya este había cruzado El Salado y destruido las trincheras levantadas en sus márgenes.

Ante esa situación, Donato Mármol tomó una decisión tan valiente como imprudente: ordenó a sus fuerzas cruzar

el Cauto y presentar combate al enemigo.

Las fuerzas que se enfrentaron en batalla campal eran muy disímiles en su composición: por la parte española más de dos mil hombres de las tres armas, provistos de un convoy con vituallas y armamentos; por la parte cubana: unos sesenta o setenta jóvenes de Santiago de Cuba, que componían la oficialidad; 250 hombres algo fogucados, armados de escopetas y carabinas y con escasas municiones; más de dos mil hombres de infantería, pobremente armados sólo con machetes de trabajo y varas de madera aguzadas; 150 acémilas con víveres, y sólo dos de ellas con municiones.

El encarnizado y desigual combate se prolongó desde las primeras horas de la mañana hasta entrada la noche. Las bajas cubanas fueron numerosas —aunque el número varía según las fuentes—, y las españolas escasas.

Una vez conquistado el paso de El Salado, al siguiente día, 9 de enero, los españoles reanudaron la marcha y a la una de la madrugada del día 10 arribaron a Cauto El Paso. Allí se trabó de nuevo combate con los restos de las fuerzas insurrectas, que se habían atrincherado en la orilla opuesta del río.

A pesar de utilizar profusamente su poderío artillero, los españoles no pudieron desalojar a las fuerzas cubanas de las posiciones, en un combate que se prolongó durante varias horas desde la mañana a la noche.

De nuevo Valmaseda maniobró hábilmente: en la madrugada del día 11 se dirigió ocultamente hasta Cauto Embarcadero, situado a tres leguas al oeste. Tras varias

horas de enfrentamiento sus fuerzas lograron al fin vencer la resistencia de los patriotas, tras lo cual comenzaron a cruzar el río y a concentrarse en la margen opuesta. El camino hacia Bayamo quedaba expedito.

Valoración de las acciones

Es comúnmente resaltado por los historiadores el valor que desplegaron las fuerzas cubanas en los combates.¹⁵ Sin embargo, algunos factores de índole negativa influyeron desfavorablemente en los resultados.

Resalta en el orden negativo la falta de unidad de las fuerzas patrióticas; el caudillismo y el regionalismo se pusieron de manifiesto, e impidieron que los datos que obtenían los patriotas sobre la columna de Valmaseda —hostilizada en Camagüey— llegaran a los orientales. De esa forma Céspedes sólo supo el propósito de Valmaseda cuando éste se encontraba en las cercanías de las Tunas, y los insurrectos sólo dispusieron de un escaso margen de tiempo para preparar las condiciones en que se enfrentarían a un enemigo muy superior.¹⁶

¹⁵ Ver: Ramiro Guetta: *ob. cit.*, pp. 83-84. José Maceo Verdecia: *Bayamo*. Imprenta La Mercantil, La Habana, 1941, p.164. Antonio María Alcover: *Bayamo: su toma, posesión e incendio*. Imprenta La Australia, La Habana, 1902, pp.80-81.

¹⁶ Colectivo de autores: *ob. cit.*, p.15.

La exploración realizada por las tropas insurrectas fue deficiente en lo que respecta a sus objetivos, accionar y carácter ininterrumpido. Valmaseda logró maniobrar y desorientar con una marcha aparente hacia Holguín; Mármol sólo se percató de la contramarcha cuando la columna enemiga estaba cruzando el río El Salado. Al no poder cruzar por Cauto El Paso, maniobró de nuevo, y atacó por Cauto Embarcadero antes de que los insurrectos advirtieran sus movimientos.¹⁷

Las fuerzas insurrectas asumieron una defensa estática, de posiciones, inadecuada para enfrentar a un ejército enemigo con una mayor capacidad combativa. Además, no se aprovecharon las ventajas del terreno para atacar en condiciones favorables.¹⁸

El entonces capitán Antonio Maceo demostró que podían realizarse enfrentamientos exitosos con una táctica correcta. En momentos en que su jefe, el coronel Pio Rosado, informaba a Mármol sobre la imposibilidad de enfrentar al enemigo, Maceo quedó al frente de la tropa, atacó a la vanguardia enemiga y la desarticuló.

A pesar de su fidelidad, valentía y honor, Mármol cometió varios errores en el orden militar: realizó un contraataque en condiciones extremadamente desfavorables, con inferioridad de fuerzas y medios de combate; sus tropas no estaban preparadas para una acción ofensiva en

¹⁷ *Ibidem*, p.16.

¹⁸ *Ibidem*.

un terreno tan desventajoso. Además, no emprendió acciones tácticas de hostigamiento de la columna enemiga en la zona comprendida entre los ríos Cauto y El Salado, y desde el Cauto hasta el Bayamo.¹⁹

El planteamiento de que Mármol cruzó el Cauto para evitar que el general Modesto Díaz le arrebatara la gloria de derrotar al enemigo²⁰, parece tener su origen en la desavenencia surgida entre ambos jefes tras el combate de Babatuaba, aunque hoy no es posible hurgar en los móviles psicológicos de su determinación.

Existe consenso en el hecho de que Bayamo se defendió en los lugares en que debía defenderse, ya que era una ciudad abierta sin fortificaciones, que no podía resistir el asedio de un enemigo tan numeroso y equipado tan potentemente. Sin embargo, no se puede afirmar lo mismo en cuanto a la forma en que se organizó la estrategia y la táctica defensiva.

El curso posterior de la guerra demostraría que las fuerzas patrióticas, sumamente inferiores desde el punto de vista de los pertrechos militares y la logística, no podían desplegar una guerra regular contra fuerzas muy superiores en armamentos y experiencia militar.

Mantener y defender una plaza era sumamente difícil y riesgoso, y tras la experiencia de Bayamo los patriotas no lo repetirían en el resto de la contienda; pero en aquellos momentos ninguno de los bandos en lucha imaginaban que ésta sería tan prolongada.

¹⁹ *Ibidem*, p.17.

²⁰ José Maceo Verdecia: *ob. cit.*, p.164.

Memorias del Crisol fue impreso
por Ediciones Bayamo, en octubre del 2000.
Esta edición consta de 500 ejemplares.

La historia, como toda ciencia, es objeto de investigaciones constantes, cuyos resultados implican verdades que muchas veces niegan lo que hasta entonces teníamos por cierto, pues "la historia es de tal forma objeto de tantas y diversas interpretaciones y puntos de vista" que nos obliga al estudio y la investigación profunda en busca de la mayor aproximación a la verdad.

Los invitamos entonces a caminar por estos senderos del proceso conformador de la nacionalidad cubana, sus manifestaciones en nuestra región, y la presencia martiana en ese proceso identitario nacional, a través de esta selección -en dos partes- de trabajos que son resultados de estudios e investigaciones presentadas en el Evento Teórico Crisol de la Nacionalidad por distinguidas personalidades de la cultura nacional, regional y local.



**EDICIONES
BAYAMO**

